

fuese, y su vida solamente es un sueño.

Levantaos Señor, levantaos y que á vuestra presencia, vuestros enemigos se liquiden como la cera y se disipen como el humo. Desgraciada del alma del ímpio, que lejos de vos está sin Dios, sin esperanza y sin eterno consuelo! ¡mas feliz el que os busca, que suspira y tiene sed de vos! ¡plenamente feliz aquel sobre quien resalta la luz de vuestro rostro, aquel á quien vuestra mano ha enjugado sus lágrimas, y á quien vuestro amor ha llenado sus deseos! ¿cuando será esto, Señor? ¡ó bello día sin sombras y sin fin, de quien vos mismo sereis el sol, y en donde correreis al travez de mi corazón como un torrente de placer! á esta dulce esperanza mis huesos saltan y gritan, ¿quien es semejante á vos? mi corazón se hunde y mi carne desfallece, ¡ó Dios de mi corazón y mi porción eterna!

Después de haber espuesto las principales pruebas con que se demuestra la existencia de Dios, y respondido á las argumentos con que los ateos pretenden destruir esta verdad incontestable, pasaremos á hablar sobre la providencia de Dios.

CAPÍTULO VI.

Discurso sobre la Providencia.

El hombre corrompido buscando siempre medios para obrar sin tener freno alguno que

le contenga en sus caminos de injusticia é iniquidad, ha pretendido quitar la noción de un ente supremo á quien por necesidad esté obligado á sujetarse; mas viéndose convencido de la ecsistencia de éste Sér criador de todas las cosas, desengañado de la falsedad de los sofismas del ateo, cansado de hacer uso de las armas que este le ha suministrado, y conocido que todas ellas son inútiles é impotentes para derribar á Dios del supremo sólio de su esencial grandeza, deja ésta empresa temeraria é inventa una nueva hipotesi, en donde cré fortificarse y resistir al Dios á quien tanto teme.

El confiesa yá la ecsistencia del supremo Sér, confiesa que éste es el criador de todas las cosas, que dió ciertas propiedades esenciales á las criaturas, y que impuso ciertas leyes generales por las que se rigiera el universo; pero haciendo una nueva injuria al Dios que se ha visto precisado á admitir, dice: que después de haber criado al mundo no encargándose de su administracion, le ha dejado entregado á la ventura ó al acaso, sin curarse de las cosas que pasan en él.

El ímpio Volney en su detestable obra de las Ruinas, no reconociendo mas leyes eternas que dirijan al hombre sino el amor propio, el ancia del placer y la aversion al dolor, niega todo auxilio ulterior de Dios que cuide del hombre, é introduce sacrílegamente al criador hablando con el hombre de este modo:

obra flaca de mis manos, nada te debía y te he dado la vida; el mundo donde te colocó.... le encontraras con mezcla de bienes y males, en tu mano está el distinguirlos.... sé árbitro de tu suerte; de tí propio fio tu destino.

Este error detestable ha sido conocido en el mundo desde la mas remota antigüedad. En el libro de Job, leemos que Eliphaz de Theman acusa (aunque equivocadamente) á Job de que no siente bien de la providencia, y juzga que el pacientísimo varon de Hus dice como los impíos, que Dios está escondido en las nubes, que no se cuida de nuestras cosas y se pasea por los polos del cielo; y reprehendiéndole por ésto, añade; ¿quieres seguir el sendero de los siglos que pisaron los hombres inicuos? los cuales fueron arrebatados antes de tiempo, y una riada trastornó sus cimientos; que decian á Dios apártate de nosotros y se imaginaban al Todopoderoso como si nada pudiese hacer. Por este raciocinio de Eliphaz vemos que este error era de tiempos pasados, pues dice que este habia sido el sendero de los siglos pisados por los inicuos.

Los defensores de éste sistema perverso han discordado en el modo de esplicarse, dándole unos mayor estension que otros. Algunos negando absolutamente la providencia, decian: que todas las cosas se regían por la fortuna y el hado; otros, que Dios cuida de las cosas incorruptibles, mas no de las corruptibles, y que así tiene cuidado de las especies y no de

los individuos; de ésta generalidad exceptúa Rabbi Moises á los hombres por el esplendor del entendimiento que participan. Ciceron negó que los actos libres de los hombres se sujetaban á la providencia, porque juzgaba que era incompatible ésta, con la libertad; por esto decia San Agustin, que Ciceron por hacer libres á los hombres, los habia hecho sacrilegos. En estos últimos tiempos en que bajo el nombre de ilustracion, se han sacado á luz por desgracia nuestra y para deshonra del género humano todos los errores de la antigüedad; ha renacido ésto en la Europa, y de ahí se ha trasmitido á nuestro pais y propagádose con bastante suceso entre los ignorantes que se precian de sabios y desprecupados.

Estos sectarios de Demócrito, Epicuro, Herackito y otros, son conocidos con el nombre de deistas. Wolfio en su teologia natural dice: «si alguno pensare que conviene poco á las perfecciones de Dios el tener cuidado de las cosas humanas y viles, éste es deista»

La causa principal de éste error vergonzoso, es la corrupcion del hombre, que teme reconocer un supremo juez, que siendo infinitamente sabio y justo, véa los crímenes del inicuo y los castigue severamente; por esto Veleyo Epicureo se quejaba de que se admitiera un Dios que gobernara al universo, y nada se escapara á su vista, «impusiste á nuestras cervices (dice éste impío) un Dios sempiterno á quien día y noche temiéramos; ¿quién no

teme á un Dios curioso y ocupado, que posee todas las cosas, que piensa en todas ellas, y juzga que todas pertenecen á él?

Muchos hombres célebres han impugnado éste error, y seguidolo hasta sus últimos atrincheramientos; pero sus sectarios sin sacar á luz nuevos argumentos, repiten sin cesar los antiguos; nosotros ayudados de las luces de la sana razon y de los argumentos con que los defensores de la providencia han confundido á los deistas, probaremos la verdad de la providencia y disolveremos los sofismas de los impíos.

Los espíritus fuertes que ponen por caracter distintivo de su filosofia el dudar de todo, sujetarlo á un ecsamen riguroso, y despues fallar contra las verdades mas incontestables; cuando tratan de sistemar el error contra la providencia, reduciendo todos los sucesos que se vén en el universo, á casualidades sin designio, necesidades inevitables, y combinaciones de la materia, mas ridículos que aquellos filósofos antiguos que esplicaban los fenómenos de la naturaleza por medio de cualidades ocultas; enseñan y esplican todas las cosas con voces vagas é insignificantes. Apréndanse bien algunas palabras como Ser supremo, naturaleza, libertad, casualidad, &c: dígase cualquier absurdo con un tono firme, como que es una verdad de la que solo dudará el ignorante, fanático, y supersticioso, (voces que deben tambien recomendarse á la memoria) y esto

basta para ser filósofo moderno, aunque su saber sea igual al del papagayo. Ninguna cosa se ocultará á la penetracion de éste sabio por antifrasis, sin necesidad de ocurrir á una causa superior que arregle y determine los sucesos; mas los creyentes que vemos la mano de un Dios que todo lo gobierna, procuramos saber con sobriedad investigando lo que está á nuestros débiles alcances, y respetando lo que está sobre ellos, sin avergonzarnos de ignorarlo.

Por éste nombre de providencia entendemos la voluntad y razon constante de obrar, por la que Dios dirige cada una de las cosas á sus propios fines, y todas ellas á un fin universal, que es la gloria del mismo Dios.

El autor de la accion de Dios sobre la criatura, espone la nocion de la providencia del modo siguiente: «la idea de la providencia divina nos manifiesta á un ente, que del centro de éste mundo dispone, dirige y gobierna á todos los acontecimientos; que coloca en su lugar á cada una de las criaturas, les da su medida, grado y proporcion, y rige á todas tan suave como fuertemente; que obra en todos los hombres ó por el ministerio de ellos, lo que le agrada y del modo que le agrada; que no puede ser impedido en sus operaciones, por la dureza ú oposicion del corazon, por que está en su potestad el dirigirlo á donde quiere; finalmente, que á cada una de las

criaturas y á todas juntas las dirige á sus fines, y de tal suerte las ha unido, que compongan éste todo muy hermoso, cuyo ejemplar ya habia formado ab aeterno, en sus decretos incomprendibles."

Todo hombre que observa atentamente la altura de los cielos, que vé los cuerpos que giran por unas órbitas inmensas, que pondera la grandeza de sus masas, que calcula sus distancias y celeridad de sus movimientos; que fija los puntos de su oriente y ocaso y los períodos en que hacen sus revoluciones, que advierten lo bello del firmamento y la hermosura del cielo en la vision de su gloria, á ese sol, vaso admirable, que quema á la tierra y abraza á los montes, eeshala rayos de fuego, y relumbrando ciega á los ojos con ellos, á esa luna que con su período muestra los tiempos, señala los años, y fija las fiestas, á esa multitud de estrellas, con que el Señor ilumina y alegra al mundo desde las alturas; á ese iris tan hermoso en su esplendor; el que observa pues, un órden imperioso que acelera las nieves, que estiende las nubes en su magnificencia y despues se rompen estas en aguas y granizo, que hace silvar al norte y su voz la vuelve al eco de los montes, el que manda al hielo y hace que las aguas se endurezcan como cristales, el que vé los campos y montes, los mares y las islas, todo con un órden arreglado, éste no puede menos que admitir un Sér supremo, que no solo haya criado todas

las cosas, sino que siga en todos los instantes conservándolas y rigiéndolas.

Los gentiles admirados de la belleza del universo y del órden con que camina, ó admitiéron muchas divinidades para que repartieran entre sí el cuidado del mundo, pareciéndoles que no podian tantas cosas ser gobernadas por un solo Dios; ó juzgaron que las mismas cosas estaban animadas por divinidades ó por génios: error grosero, que echaba por tierra la omnipotencia de Dios; pero mucho mas grosero el de los deistas que pretenden que el universo camina por sí solo sin necesidad de un Dios providente. En efecto; la idolatría tomó ocasion de las perfecciones del mundo; y los hombres aunque carnales, tenían conocimiento de la obra que admiraban; mas los sectarios de esta ruda filosofia mas carnales que el idólatra, sin acordarse de levantar su vista al cielo ó estenderla por la tierra, han formado su estólido sistema indigno del Criador y de la economía de sus obras.

Esta justa economía y éste órden admirable; no solo le advierte el filósofo que se ocupa en examinar la naturaleza, pues lo vé y obedece desde el mas culto americano ó europeo, hasta el bárbaro hotentote. Lo vé el pastor, y por él se dirige para recoger sus rebaños ó sacarlos á los pastos: lo vé el labrador y hace de él un uso oportuno para uncir sus bueyes, romper la tierra con el ara-

dó, sembrar sus semillas, cultivarlas, y saber con seguridad el tiempo en que debe recoger sus frutos; lo vé el pescador y el navegante, y saben cuando estará el mar borrascoso ó pacífico, y cuando serán mayores ó menores las mareas: en fin, todos conocen que las cosas andan con un orden fijo, que las unas tienen un matuo enlace con las otras, y que si una se dislocara todas se precipitarían á su ruina, si no es que Dios las contubiera por un milagro.

La distancia que hay de unos planetas á otros, es tan correspondiente al peso de sus masas, y á lo que es preciso para que ni se embaracen en sus giros y puedan sernos útiles sus revoluciones, que no podemos menos que conocer la evidencia de aquella verdad, que *Dios puso todas las cosas con peso y medida.*

Si el movimiento de los planetas se suspendiera ¿qué sería del mundo habitable? ¿como podrían los seres vivientes conservarse? sufocados por los calores de un perpetuo estío, sumergidos en las aguas de un constante otoño, ó traspasados del frío de un invierno fijo no podrían vivir sobre la tierra; aun las bellezas de aquella imaginada primavera de los fabulosos tiempos de Saturno cansaría á los hombres, á no ser que tubiera su naturaleza un temple tal, como el que se fingian los poetas; pues en el estado actual de cosas, el hombre se cansaría de la uniformidad de la estacion, y desearia los calores, las lluvias y

los hielos. He aqui la necesidad del orden que observamos, y la mano del que lo mantiene.

No se puede decir que para la conservacion del orden del universo basta que Dios criando las cosas, imprimiendo en ellas el primer impulso y dándoles aquel movimiento por ley, ya no es necesaria una accion conservadora; no se puede decir esto, repetimos, por que todo ser fuera de Dios es contingente y lo mismo sus modificaciones, luego el movimiento es contingente á los cuerpos, y por consiguiente no se pueden mover por necesidad de su naturaleza; suspéndase por un momento la voluntad de Dios que los dirija, ¿en donde hallaremos la razon suficiente del movimiento y direccion que tienen? no en los mismos cuerpos, porque nada tienen por sí mismos y son indiferentes para el movimiento y la quietud; no por el primer impulso recibido, porque éste encontrando varias causas que se le opongan, pasado algun tiempo necesariamente debe destruirse.

El movimiento de los cuerpos celestes se ejecuta en virtud de dos fuerzas opuestas; una centrífuga, por la que éstos procuran separarse del sol á quien reconocen como centro, y otra centripeta, por la que son atraídos acia el sol; estas dos fuerzas deben conservar un justo equilibrio para que el movimiento no acabe; ¿y podrá haber este equilibrio, sin que haya alguna accion que lo conserve? los cuerpos dichos describen una elipse en sus

giros: por consiguiente algunas veces estan muy cercanos al sol acia quien gravitan; la gravitacion debe ser en éste caso mas vigorosa que la impulsión, y á pesar de esto ella no cede y arranca al cuerpo de aquellos puntos haciéndole seguir su carrera antigua: ¿quien pues, conserva esta fuerza, despues de tantos siglos? es preciso decir que la omnipotencia y eficaz voluntad de Dios, que queriendo obra siempre sin desentenderse de sus criaturas, ni dejarlas entregadas á la casualidad.

Cada momento que dura el mundo, recibe como un nuevo ser de su hacedor omnipotente, y este ser es semejante al primero, porque hace muchos siglos que ecsiste en el un orden constante. «Una generacion pasa y otra generacion viene, (dice el eclesiastes) mas la tierra siempre permanece. Nace el sol y ponerse, y tornase á su lugar; y naciendo alli de nuevo hace su giro por el medio dia y se revuelve hacia el aquilon; va girando por todas partes en cerco, y vuelve á sus revoluciones. Todos los rios entran en la mar y la mar no rebosa; al lugar donde salen vuelven los rios para correr de nuevo. ¿Que es lo que fué? aquello mismo que ha de ser. ¿Que es lo que fué hecho? aquello mismo que se ha de hacer; no hay cosa nueva, debajo del sol, ni puede decir alguno ved aqui, ésta cosa es nueva, porque ya paso en los siglos que fueron antes de nosotros.

¿Y estos hechos tan notorios á los ojos

del mundo, y ésta razon de orden tan bien conservada á la que llamamos providencia, podrá alguno negarla seriamente? El mismo Voltaire cuya incredulidad es tan conocida, no podia resistir á la fuerza de ésta prueba que veia enunciada en Newton, y riendiendose á ella decia: «yo no sé si hay alguna prueba metafisica mas evidente y que hable mas fuertemente al hombre, que éste orden admirable que reina en el mundo, y si hay algun argumento mas bello que éste versiculo: *cæli enarrant gloriam Dei.*»

Este mismo orden vemos en la propagacion de las especies, en la variedad de estas, y en la uniformidad de los individuos de una misma. Pasa una generacion, mas viene otra á ocupar el lugar que dejó la primera, y siempre se hallan en el mundo las especies primitivas; y despues de muchos siglos la palabra omnipotente de Dios: *creced y multiplicad, y poblad la tierra;* siempre produce el mismo efecto. Los seres nuevos siempre son semejantes á sus antepasados, y el hombre que ecsiste ahora, no es de modo diverso, del que ecsistió hace seis mil años.

Mas en ésta misma uniformidad de los individuos de una especie, se ve brillar la providencia en la diferencia que notamos en ellos. Todos los hombres, por ejemplo, estan trazados bajo un mismo modelo, y la colocacion de sus miembros es una misma; pero en ésta igualdad ha puesto el supremo hacedor unas señales

evidentes, con que podamos distinguir á un hombre de otro; y aunque las caras sean como formadas en un mismo molde, pero no hay uno que sea tan igual á otro que puedan confundirse, ni hay dos fisonómicos perfectamente semejantes. ¿De donde pues, viene ésta diversidad en la uniformidad misma? Nosotros oímos que los filósofos dicen que no hay un átomo de materia perfectamente igual á otro, y que por consiguiente de sus combinaciones, sean las que fueren, no puede haber dos resultados idénticos; ésto sería bueno para explicar la diversidad, ¿pero como podremos explicar, que átomos heterogeneos y desemejantes, se convienen siempre de un mismo modo? como éstas partes de materia se colocan sobre un mismo modelo y forman un semblante igual con las mismas partes, colocadas en igual proporcion, y destinadas á un mismo fin? ¿será ésta la obra de una combinacion fortuita de los átomos? esto es imposible, porque el acaso ciego no puede ser uniforme y producir siempre la regularidad y el orden. El acaso no reconoce orden alguno, ¿y podrá éste como causa, dar lo que no tiene? esto no podrá decir el que tenga sentido comun.

Se dirá que hay una ley á la que obedece la naturaleza, y por ésto obra del modo que observamos; y bien, ¿esta ley de donde toma su fuerza para obligar á la naturaleza? ¿quien la ha impuesto y hechola subsistir despues de tantos siglos? Dios; si, Dios que crian-

do y conservando las cosas les ha trazado los caminos que deben seguir; el ha establecido la diversidad en la uniformidad, para que podamos distinguir á los seres, y es mas notable en los hombres porque es mas necesaria. Si hubiera muchos hombres idénticos, ¿cuantos males se seguirian en la sociedad? las relaciones que hay y debe haber entre el padre y el hijo, entre el marido y la muger, el amigo con el amigo &c. no podrian subsistir jamás; todos los crímenes se ocultarian entre las negras sombras de la confusion, los delitos quedarian muchas veces sin castigo y las virtudes sin premio por no poderse distinguir el malvado del hombre de bien. Ultimamente, sin ésta diversidad que ha establecido un Dios providente, la sociedad desapareceria, reinando en el mundo un desorden mayor que el de Babel.

Éstos efectos pues, que observamos en la naturaleza, nos persuaden hasta la evidencia de la verdad de un Dios providente. Los mismos ateos reconocen á pesar suyo la necesidad de la providencia, cuando dicen que no sabemos si el universo ha sido y será rigurosamente siempre el mismo. En efecto, si su conducta fuera abandonada al acaso, era imposible que hubiera durado tantos siglos con un mismo orden, y sería una paradoja insostenible asegurar que permanecería así en los siglos venideros, porque nada puede haber constante en una máquina que carezca de la accion de un regulador; y consta por otra parte

de elementos que se combaten unos á otros.

El deseo que tienen todos los hombres de su propia conservacion, es otra prueba de la providencia, pues éste deseo inclina á los hombres á unirse en sociedad y buscar todo lo necesario para su comodidad; ésto no es efecto del raciocinio, pues es anterior á el, y es un poderoso instinto que precede á la reflexion. ¿Que seria del género humano, si tubiera necesidad de raciocinar, para inclinarse á buscar lo preciso para la vida? Bayle y David Hume reconocen en este fenómeno la prudencia de la naturaleza; pero si éstas palabras no designan una providencia que cuida de todas las cosas, son unas voces vacias de significacion.

Si la providencia es necesaria para conservar el órden fisico, es mas necesaria para la conservacion del órden moral. Unos seres dotados de inteligencia, actividad y libertad para ser conducidos por los caminos de la justicia, no les bastan unas leyes fisicas que los arrastren sin su conocimiento y voluntad para sus operaciones, son necesarias unas leyes morales y unos motivos que los persuadan é inclinen á obrar.

Quando se reflexiona á buena luz el curso de las cosas humanas, quando se vé que muchos sucesos de la mayor importancia se siguen de medios débiles y despreciables, y que se vencen los obstáculos mas grandes con unos motivos del todo insuficientes, quando por otra parte, se observa que las empresas mas bien

conducidas se frustran, dejando burlada á la esperanza humana, quando en fin, los corazones mas fijos en alguna cosa varian por una causa ligera, no podemos menos que admitir la sábia providencia que todo lo rige.

El pueblo de Israel se halla cautivo en el reyno de Asuero; éste rey hace un convite á todos los grandes de su reyno; manda un dia que Vasti se presente en el convite, ella se resiste, y en castigo de su desobediencia la deja el rey, y la humilde Ester ocupa su lugar. El orgulloso Aman decreta á nombre del rey la muerte de todos los israelitas en un plazo fijo, y parecia imposible que su decreto no se ejecutára. Mardoqueo era la causa del odio de Aman contra todos los judios, porque no se postraba á adorarle, y en el dia de las mayores glorias de Aman manda preparar el cadalso en que debia el dia siguiente perecer Mardoqueo. Asuero para divertir un desvelo, al parecer casual, la noche anterior al suplicio de Mardoqueo, hace que lean los anales de los tiempos; se encuentra el lugar en donde constaba la denuncia que habia hecho Mardoqueo de Bagathas y Thares que pretendian degollar al rey; éste pregunta el premio que se habia dado á aquel hebreo fiel, y Aman que entra á hablar al rey, es el que sin saberlo, dispone el triunfo de su enemigo, y despues de la confusion de servir á Mardoqueo, pasa Aman al suplicio.

Todo éste tegido de acontecimientos,

que considerandolos separados unos de otros, parecen no tener relacion alguna entre si, unidos vienen á dar por último resultado la libertad de Israel. La denuncia hecha por Mardoqueo, la soberbia de Vasti, la hermosura de Ester, la cruz levantada para la ira de Aman, el desvelo de Asuero, la lectura casual de los anales &c. todos éstos hechos parece que van con fines muy distintos y sin enlace; pero un Dios providente los dirige á un solo fin, que es proteger á la inocencia y castigar el crimen.

Llenas están las historias de hechos que como el referido, manifiesta la verdad de un Dios que todo lo vé, ordena y gobierna, trastornando los planes mas bien concertados de los hombres, en el momento que menos lo esperaban. Los epicureos atribuyen éstas revoluciones á una poténcia incognita. «Es una verdad, (dice Lucrecio) que hay una cierta fuerza oculta que se complace en trastornar las cosas humanas, en poner bajo los pies las grandezas y dignidades, y en hacer un juguete de ellas.» ¿Qual es pues, ésta fuerza oculta, si no es la providencia?

Si el hombre en sus operaciones fuera únicamente dirigido por las combinaciones de la materia, jamás podríamos estar seguros de que en él hubiera buena fé, providad y juicio; en todos los momentos temeríamos que el mas cuerdo, pasára en un instante á ser un loco; ó que el que es un hombre, se hiciera un monstruo; pues no es un imposible que la materia

que continuamente se está modificando, no produzca éstos efectos. Segun el autor del sistema de la naturaleza. «El hombre mas virtuoso puede por la bizarra combinacion de circunstancias inopinadas, hacerse en un instante el mas criminal.»

Vease pues, que segun los deistas, debemos estar con un sobresalto continuo. Faltandonos todo principio de seguridad, ¿como podremos formar un juicio prudente, de que los efectos que hoy observamos en la naturaleza, séan los mismos mañana? ¿por que ideas prestablecidas podremos prometerlos? ¿por que principios dados deberán suceder? No hay tiempos reglados por un ser superior que de todo cuide, no hay principios ciertos, no hay ideas precistentes ni causas ordenadas: luego sería un delirio asegurar que el curso del mundo, sus movimientos, la conservacion de sus partes, la sucesion de las especies, las acciones de los hombres, sus inclinaciones y naturaleza, siempre seguirian como en los siglos anteriores, supuesto que todo es dirigido por juegos del acaso y caprichos de la fortuna.

Este sistema de los deistas incide en casi todos los absurdos del ateismo, y el que quiera ser consecuente en sus principios de deista pasará á ser ateo. El enemigo de la providencia dice que Dios está muy elevado para interesar, para merecer su aprobacion, ó censura, y así que ni podemos ofenderle ni agradecerle con el uso que hagamos de sus dones.